

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Historia y psicología. Psicoanálisis y represión política.

Vizgarra, Martín L. (UNT).

Cita:

Vizgarra, Martín L. (UNT). (2007). *Historia y psicología. Psicoanálisis y represión política. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/895>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Historia y psicología. Psicoanálisis y represión política

Eje 8: PERSPECTIVAS DE HISTORIA SOCIAL

Mesa: Historia de políticas públicas de salud, enfermedades e instituciones en Argentina y América Latina. S XIX, XX.

Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán

Martín L. Vizgarra. Psicólogo U.N.T.

Pje. Oncativo 1153. San Miguel de Tucumán.

(0381) 4281967.

mochovizgarra@hotmail.com

Introducción

“En cada época es preciso esforzarse por arrancar la tradición al conformismo que esta a punto de avasallarla... Solo tiene derecho de encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si este vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer”.

Walter Benjamin

El trabajo del historiador esta atravesado por *el deseo de contar una historia*. El historiador como sujeto orienta su labor hacia los momentos históricos que desea estudiar y conocer (*y dar a conocer*).

La psicología en general y el psicoanálisis en particular tienen una historia especial en nuestro país. Es decir, el desarrollo y los avatares, las implicancias, prácticas e inserciones junto con los protagonistas de la psicología y el psicoanálisis tienen una historia para ser contada.

Con este trabajo pretendo indagar la historia del psicoanálisis como movimiento institucional y social – en nuestro país - que nos permite develar desde una perspectiva crítica la historia de los dispositivos de poder y control social, las políticas públicas de salud, la vanguardia y resistencia de los grupos contra hegemónicos que cuestionaban el orden imperante, la represión explícita e implícita (en los años anteriores, durante y posteriores al último golpe de estado) y la alternativa tanto práctica como teórica que se pretendía como discurso renovador en el campo de la salud mental.

Psicología, psicoanálisis e historia

Pretendo investigar el fenómeno de la difusión del psicoanálisis en nuestro país, a sus pioneros, principales referentes, integrantes en general – psicoanalistas - y la posición política de los mismos y las instituciones, ya que tiene características históricas particulares que develan un proceso singular de desenvolvimiento y desarrollo institucional ligado a los espacios de poder y contra - poder (a través de un intenso debate ético, práctico, histórico y político).

El psicoanálisis desde adentro y afuera se debatió intensamente en torno a su participación dentro de lo que se llama el “Estado”, su carácter represivo y coercitivo. Debate olvidado y “archivado” en la enseñanza y en las instituciones psicoanalíticas que creo que es necesario volver a discutir.

Para este trabajo me voy a basar en la maravillosa obra de los psicoanalistas Enrique Carpintero y Alejandro Vainer “*Las huellas de la memoria*” (2005). El deseo de contar esta historia fue de ellos y la sistematizaron en dos volúmenes sobre la historia del psicoanálisis y la salud mental en la Argentina en los años 1960 y 1970.

Son muchas las razones para contar una historia, pero esta historia omitida repercute en la práctica actual y en la transmisión de conocimientos “académica” institucional. Es necesario un cambio en la posición subjetiva (activa) de los actores sociales: *recuperar la memoria es tarea terapéutica salugénicas, es trabajo elaborativo*. Tomar a la historia y a la realidad histórica como hecho a transformar y cambiar, no como un hecho consumado y definitivo. *Historia como búsqueda, historia como tarea subjetivada* (mejor dicho, como tarea de subjetivación).

“El que busca es el que reconoce una pérdida; el proceso de investigación y escritura será trabajo de reconocimiento y tramitación de un duelo – singular y colectivo – con perspectiva deseante, emprendiendo un camino de construcción del pasado censurado, olvidado e intentando recuperar entonces un presente que abra a un porvenir mas creativo, menos repetitivo... el objetivo implica una decisión, una toma de posición: reconstruir un conjunto social a partir del tema elegido. La decisión es dar testimonio de una época... El propósito es pasar de una conjugación en pasado a una conjugación en futuro: pasar del tiempo biográfico o del tiempo “objetivo”, al tiempo de la transmisión” (Gilou Garcia Reinoso, prologo de “Las huellas de la memoria”, 2005, p.10, 11)

Los objetivos de contar una historia, los deseos del historiador

El mayor deseo del trabajo es luchar contra la política del olvido, de la represión y de la censura, es decir, contra la política del vaciamiento de la subjetividad o la de-subjetivación mortal que promueven los círculos del poder (político) y que pasivizan a los sujetos que tienden al conformismo alienante e imperante actualmente. Este rasgo es propio de la práctica actual de un psicoanálisis encerrado en el consultorio, que lamentable – y paradójicamente – atentan contra los principios mismos de la teoría y practica psicoanalítica, pero que tampoco tienen un destino definitivo (como se quiso imponer desde la historia y los relatos “oficiales”).

El futuro esta abierto y el sujeto que recupera el pasado y tiene memoria critica y elaborativa, transita un presente activo con un compromiso subjetivo y ético con la verdad y el porvenir:

“Recordar es una empresa ética, pero mas que memoria es trabajo psíquico, elaboración y compromiso subjetivo... Un malestar habita las nuevas generaciones: la precariedad de las condiciones de la practica que trata con el sufrimiento psíquico, dificulta sostener condiciones viables. Freud alertaba contra el ‘furor curandis’. Este es hoy un mandato social: devolver el sufrimiento a una conformidad... Acosados por la necesidad de “hacer rápido”, la tendencia es a medicar apresuradamente, dejando de lado la atención al sufrimiento del sujeto... Alarmante retorno al organicismo: los laboratorios, aliados con las empresas médicas y apoyados en un neo-cientificismo que se da por avanzada, amenaza con

des-humanizar, con de-subjetivar el campo 'psi' objetivándolo. La ética del saber ha desplazado la ética de la verdad” (Gilou Garcia Reinoso, prologo de “Las huellas de la memoria”, 2005, p.14)

Este trabajo abarca una época: de 1969 – año del “Cordobazo”- a 1983 – año del retorno de la democracia después de la dictadura – pero los efectos de la misma determinaron la vida institucional y el conjunto de las relaciones sociales hasta la actualidad. Y la historia y el desarrollo del psicoanálisis hasta el presente tiene una explicación fundamental a partir de aquellos años.

Psicoanálisis oficial versus psicoanalistas disidentes

A partir del “Cordobazo” la cuestión de la política y las relaciones de poder pasaron a ser los temas fundamentales y los ejes de los debates e intercambios en las relaciones sociales en general y en el campo de la salud mental en particular. La APA (Asociación Psicoanalítica Argentina) como única medida de fuerza realizó una “tibia” huelga como adhesión al paro general del 29 de mayo.

En este mismo año se realizó un congreso internacional de psicoanálisis en Roma en donde las ponencias y paneles intentaban estar acordes con el momento social y político que se vivía en todo el mundo (los aires renovadores del mayo Francés todavía se respiraban) pero los debates teóricos no alcanzaban para algunos psicoanalistas argentinos que se acercaron a un grupo de jóvenes analistas europeos que fomentaron y realizaron un contracongreso y fundaron el grupo *Plataforma internacional*. Aquí estaban presentes los psicoanalistas argentinos Armando Bauleo y Hernán Kesselman.

Este grupo ponía el eje de la discusión en el compromiso social del psicoanálisis y la apuesta a la transformación, y no en el mero análisis teórico de los problemas sociales y la supuesta neutralidad de la “posición” del analista ante los mismos. Por ejemplo, es muy curioso buscar las actas del mencionado congreso y encontrar las siguientes declaraciones en la mesa de apertura que establecía que el deber de los analistas era “averiguar de que manera, en una situación dada de protesta o de revolución, los antagonistas manejan sus necesidades instintivas básicas; por ejemplo, con que grado de sublimación cuentan, que clase de relaciones objetales han desarrollado – es decir, hasta que punto pueden utilizar la

empatía – y que defensas movilizan, por ejemplo, la regresión narcisista” (citado en *Las huellas de la memoria*; 2005, p. 33).

En este sentido, los psicoanalistas argentinos que fundaron aquel movimiento contrahegemónico regresaron al país y propusieron discutir los puntos fundamentales del congreso: el papel de los analistas y de la institución psicoanalítica en la sociedad. Allí se fundó el grupo *Plataforma Argentina* en agosto de 1969. Los más destacados analistas con inquietudes, inclinaciones y preocupaciones sociales y políticas se acercaron al grupo, como José Bleger, Marie Langer, Gilou y Diego Garcia Reinoso, entre otros.

A partir de la existencia de *Plataforma*, en cada encuentro o congreso se notaba la diferencia entre los analistas con preocupación y militancia social y los demás integrantes de la APA (que rechazaban la política y el debate acerca de los problemas sociales, negando la realidad similar al aislamiento psicótico). Las preguntas centrales eran ¿es el psicoanálisis una disciplina para la transformación o para la adaptación al sistema social? ¿cuál es el lugar del analista en la sociedad y en los conflictos sociales? La posición oficial de la APA era descalificar este tipo de planteos, encerrarse en la clínica individual y rechazar todo enfoque que no sea el ortodoxo y esquematizado desde la IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis).

Por estos momentos también existía una organización gremial fuertemente comprometida con la realidad y el cambio social con la que se identificaron muchos de los analistas comprometidos y preocupados socialmente. Era la FAP (Federación Argentina de Psiquiatras) y su participación política era muy activa, convocando a las movilizaciones en defensa de la salud pública en los años 1970 y 1971, acentuando más las diferencias con la conducción de la APA, que cada vez era más sorda a los reclamos de acción e intervención política. La línea de la APA era separar y distanciar lo más lejos posible al psicoanálisis de la política y del compromiso social, con una visión elitista de la ciencia por sobre los problemas políticos y sociales.

En este contexto surgió otro grupo disidente pero dentro de la APA que se denominó *Documento* y que pretendía cambiar la estructura interna de la institución, tratando de democratizar a la misma y de acercarla a las demandas concretas del pueblo trabajador (entre cuyos integrantes y fundadores se destaca el psicoanalista Fernando Ulloa, que el año pasado fue reconocido por nuestra universidad y por la facultad de psicología).

Las contradicciones manifiestas entre estos dos grupos y la institución se fueron haciendo insostenibles. La APA no permitía en los congresos y dentro de la institución las discusiones “políticas”, y cada vez mas analistas (no solo los integrantes de Plataforma o Documento) *se acercaban a las posiciones críticas para debatir como la política atravesaba la práctica del psicoanálisis*. En este contexto nace un hito en la bibliografía psicoanalítica comprometida ideológica y socialmente: la revista *Cuestionamos*.

Esta revista tenia una clara posición política e ideológica: sus artículos estudiaban el problema de la relación, encuentros y desencuentros de la teoría psicoanalítica y la teoría marxista. La publicación *Cuestionamos* formaba parte de una colección que se denominaba “Izquierda Freudiana” de Granica Editor que publico además una compilación de Autores varios (Adorno, Fromm, Marcuse entre otros) que se llamo *Marxismo, psicoanálisis y sexpol I y II*, y también una compilación de varios autores (Althusser, Luria, Schmidt por mencionar algunos) seleccionados por Armando Bauleo llamada *Vicisitudes de una relación*.

Cuando las diferencias se hicieron insostenibles, se dio la ruptura con la APA, pero lamentablemente no se elaboró un documento único de ambos grupos disidentes. Es mas, se separaron con días de diferencia.

Corría el mes de Noviembre de 1971 y la noticia tuvo mucha repercusión y difusión en los medios. Se hablaba de la “crisis del psicoanálisis” y quedaron manifiestas todas las razones de la renuncia y la ruptura institucional. Las declaraciones de ambos grupos cuestionaban la verticalidad y el elitismo de la APA, como también criticaban la visión apolítica y académica que se quería dar al psicoanálisis. Ambos grupos pretendían refundar al psicoanálisis y acercarlo al conjunto del pueblo y la sociedad, comprometido con el cambio y la transformación.

En este crucial momento histórico se cambio para siempre la historia del psicoanálisis. Los psicoanalistas ahora se podían formar por fuera de la ortodoxia estéril de la institución oficial que representaba la APA.

El psicoanálisis como herramienta de transformación social

Los psicoanalistas disidentes pasaron a discutir como aportar desde su rol al cambio concreto de la sociedad y de las estructuras opresoras. Dejaron de denominarse psicoanalistas o profesionales para pasar a denominarse “trabajadores de la salud”: finalmente el psicoanálisis se había encontrado con el marxismo.

La revolución psiquiátrica y psicoanalítica se encontraban con la revolución marxista (social y política). Había de hecho un frente común contra la APA (y su política de apoliticismo) que se hacia extensivo a la dictadura militar (en esos momentos el presidente de facto era Lanusse).

Los trabajadores de la salud cuestionaban el aburguesamiento de los psicoanalistas y el estatus de los mismos. Ellos no estaban de acuerdo con las tarifas que se cobraban y los precios de los cursos para la formación que ofrecía la institución oficial en las que se plasmaba toda la ideología elitista.

Toda este nuevo movimiento no estuvo exento de fuertes críticas y oposición, y no solo desde la APA. Hubo muchos psicoanalistas que debatieron intensamente con los disidentes sobre las condiciones epistemológicas y practicas de unión o fusión del psicoanálisis con el marxismo (como el caso de G. García, discípulo de O. Masotta).

Podemos afirmar brevemente de la existencia de un tercer grupo, que se puede denominar *los lacanianos* (grupo que va a prosperar enormemente y a hegemonizar actualmente la teoría y la práctica del psicoanálisis, como también la enseñanza en las universidades). A pesar de ser opositores a la APA, también van a tener posiciones políticas institucionales en “defensa del psicoanálisis” para criticar la ideología revolucionaria de los psicoanalistas comprometidos socialmente, apelando a nociones teóricas de J. Lacan y su crítica al “discurso revolucionario”.

Retornando a *Plataforma y Documento*, desde adentro de los grupos disidentes se empezaron a plasmar diferencias en torno a la realidad política del país. Algunos se inclinaban por la izquierda y la guerrilla marxista y otros por la izquierda peronista, diferencias que se acentuaron con la llegada al final de Cámpora al gobierno a través del sufragio.

En este mismo año (1973) ocurrió un suceso de trascendencia internacional. Desde la revista *Cuestionamos 2* se reprodujo una denuncia anónima sobre un caso de un psicoanalista brasileño llamado Amilcar Lobo Moreira que formaba parte del equipo de torturadores de la dictadura en aquel país. Tanto la IPA como las instituciones oficiales psicoanalíticas de Brasil hicieron oídos sordos ante la denuncia, y trataron de reprimir a la denunciante que se la conoció un poco después y se llamaba Helena Besserman Bianna. A la IPA le importaba más defender su estatus y evitar problemas institucionales que pasar por defensora de colaboradores de la dictadura.

La histórica “coordinadora de trabajadores de la salud mental”

Volviendo a *Plataforma*, con el advenimiento de la democracia se intensificaron las diferencias internas, que condujeron a la disolución final del grupo. Pero todos mantuvieron un rasgo común que se llevó a cada uno de los lugares de trabajo en los cuales intervenían: los gremios de la sanidad, los hospitales públicos, las universidades y ámbitos académicos y de formación, etc.

Desde hacía un tiempo ya – a partir de 1971 – funcionaba un ente que nucleaba a ambos grupos y demás trabajadores de la salud: desde la FAP Capital federal se impulsó la denominada “coordinadora de trabajadores de la salud mental” que tenía además un comité de docencia e investigación. Esta coordinadora tenía objetivos políticos y científicos claros: oponerse a la dictadura y al monopolio que había en salud por parte de los psiquiatras manicomiales. También tenían propuestas claras que se orientaban a brindar servicio gratuito al pueblo. En síntesis, esta coordinadora estaba a tono con el clima político imperante y tenía una posición definida: ponerse al servicio de la clase trabajadora en su lucha por la liberación social, política y económica.

El comité de docencia e investigación constituyó una verdadera carrera interdisciplinaria en la cual el eje era la práctica de cada uno de los trabajadores de la salud. Pero con el avance y la hegemonía en el seno del gobierno de la derecha peronista, comenzó a ser el blanco, como tantos otros proyectos, de atentados, amenazas, persecuciones que eran un verdadero anticipo de los difíciles años que vendrían.

La represión política a los trabajadores de la salud mental

El 26 de noviembre de 1975 – en gobierno “democrático” - se produjo un allanamiento en la sede del comité de docencia de la coordinadora por parte de la policía federal, con la excusa que había una denuncia de la presencia de armas y bombas en el lugar. En este clima de atropello a la libertad ya había muchos exiliados (como Marie Langer). La triple A ya estaba actuando y amenazando a muchos trabajadores de la salud.

En tanto, las carreras de psicología a lo largo del país se debatían intensamente en trono a los planes de estudio, el perfil profesional y la posterior inserción laboral. También empezaron a estar en el ojo de los represores ya que constituía una carrera “peligrosa”.

Un poco antes, en la “primavera” camporista, se abrió la universidad al pueblo y las carreras de psicología se caracterizaban por el cruce de debates e intercambio de ideas propias del campo de la salud mental a principios de los 70'. Cuando asumió Perón su tercera presidencia, se hizo manifiesto el giro hacia la derecha. Cuando asumió su esposa, fue nombrado ministro de educación Oscar Ivanissevich (un reconocido admirador del régimen fascista) que delego la intervención de la UBA en Alberto Ottalagano (un reconocido admirador de Hitler) que destruyó todas las reformas que se habían intentado hacer en el gobierno de Cámpora. Este clima de intervenciones, censura y represión se hacia extensivo a todo el territorio del país y al conjunto de las instituciones. Como dije, ya se estaba practicando en democracia los métodos propios de la dictadura: profesores cesanteados y perseguidos, centro de estudiantes reprimidos, hospitales intervenidos, etc.

Con el inicio de la dictadura militar el 24 de marzo de 1976, el plan represivo y la persecución de opositores se consolidó y amplió. *Esto en salud mental tiene un nombre: la psiquiatría manicomial y neurobiológica hegemonizó el campo de la salud mental* y todas las prácticas alternativas (entre las cuales se incluye al psicoanálisis), como los tratamientos terapéuticos grupales, fueron censuradas y desmanteladas.

Todas las experiencias que se fueron gestando con años de luchas (los proyectos comunitarios “pilotos”, las comunidades terapéuticas, los enfoques grupales, etc.) fueron clausuradas, y los trabajadores de la salud mental perseguidos. A tal punto fue efectiva la represión que provocó un cambio en la denominación: el “trabajador de la salud” dejó de existir para pasar a ser simplemente un “profesional” mas (psicoanalista, psicólogo,

psiquiatra, etc.). La denominación de trabajador de la salud estaba asociado a un proyecto revolucionario que era necesario eliminar en todo sentido: desde desapariciones físicas (hay cientos de psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras y estudiantes de psicología desaparecidos) hasta el cambio semántico, todo forma parte del mismo plan macabro implementado por la última dictadura militar.

Es muy significativo observar que dentro de la carrera de psicología de la UBA, y específicamente en la cátedra (tan emblemática y representativa de la lucha y la resistencia) de Psicología Social, el proyecto de investigación se daba conjunto con la Secretaría de Transporte y Obras públicas y estaba dirigido a estudiar “la percepción comunitaria de la calidad del aire” (Vainer y Carpintero, 2005). De la misma manera, la cátedra de Psicología Institucional investigaba sobre “el desarrollo institucional en la pequeña y mediana empresa”.

En esta etapa se cerraron servicios enteros de salud mental, se expulsaron cientos de profesionales de los hospitales y solo se fomentaba una sola práctica posible: la psiquiatría manicomial y represiva.

En el campo de la salud se extendió la limpieza ideológica que se llevaba a cabo en otras áreas: todo aquel que se oponía a la ideología del sistema era enemigo del orden y de la doctrina de la seguridad nacional.

La idea de los interventores militares era clara: recluir a los trabajadores de la salud y encerrarlos en el ámbito privado. Los hospitales en donde había proyectos alternativos (y directores y profesionales con cierto grado de compromiso político) eran ocupados por las fuerzas militares con la excusa que había una base de operaciones de la guerrilla (como ocurrió en el hospital Posadas en la localidad de Haedo, Provincia de Buenos Aires).

En todos los hospitales de salud mental se reiniciaron las prácticas represivas en el tratamiento de los pacientes (cuyo método más emblemático es la aplicación del electroshock). Se suspendieron las concurrencias y las residencias, los centros de día, las admisiones grupales, etc. *Se produjo el más grande vaciamiento de recursos humanos de la historia nacional en el campo de la salud pública.*

Con la implementación de la política criminal de la dictadura militar, ascendieron la psiquiatría biológica en el campo de la salud mental, desplazando a la psiquiatría social y al

psicoanálisis; como también los tratamientos individuales y privados por sobre los enfoques alternativos y comunitarios. El psicoanálisis (y los psicoanalistas) si quería sobrevivir tenía que adaptarse a la situación impuesta: encerrarse en el consultorio privado y alejarse de la militancia y el compromiso social.

El silencio de las instituciones oficiales

Las tareas gremiales de los trabajadores de la salud se hacían cada vez mas difíciles. Con colegas desaparecidos y torturados, los trabajadores no se querían exponer y cada vez se hacían menos asambleas o declaraciones publicas de denuncia de la cultura del terror sembrada. Los servicios de atención privada aumentaron, y además de no denunciar la situación social y política, hasta se justificaba y se fomentaba la ideología de privatización de la salud publica.

Tanto desde la APA como desde la IPA se apelaba a la supuesta “neutralidad del analista” y como este no debía intervenir en política, es decir, ser cómplice de las violaciones de los derechos humanos por parte de la dictadura, incluso sabiendo que varios miembros habían sido torturados y tenían desaparecidos (como el caso del psicoanalista Valentín Barembliit a principios de 1977). Las instituciones oficiales pretendían defender la institución psicoanalítica, no a los psicoanalistas comprometidos con causas justas y nobles.

Tanto en el congreso internacional de Jerusalén en el año 1977 como en el de Nueva York en 1979, la IPA rechazo los pedidos de pronunciamientos acerca de la realidad política en nuestro país, aludiendo que eran “solo rumores”. Acá en la Argentina, el presidente de la APA, Mauricio Abadi declaraba en una entrevista ante la pregunta sobre las causas de la creciente violencia social, que era “tema de la psicología social” pero que se arriesgaba a creer que se debía “al incremento de la angustia de muerte ante el peligro de una guerra atómica que pueda destruir a la humanidad, o por la explosión demográfica que se ha producido en los últimos cien años” (Vainer y Carpintero, 2005, p.360).

La resistencia psicoanalítica

Pero en todo este clima adverso para los psicoanalistas disidentes del discurso del poder y el terror impuestos, se destacan numerosas experiencias de resistencia, y grandes psicoanalistas que continuaron con la labor social y el compromiso militante, por fuera de las instituciones oficiales. Uno es el caso del Equipo de Asistencia Psicológica de las Madres de Plaza de Mayo (con Diana Kordon, L. Edelman y D. Lagos) cuyos protagonistas habían participado intensamente de la coordinadora y del comité de docencia e investigación. Otro caso es el de las charlas y el asesoramiento psicológico con una metodología grupal para familiares de los combatientes de Malvinas (protagonizado por Dalmiro Bustos, quien ya había sufrido de cerca la represión al ser clausurada la comunidad terapéutica que él dirigía en el Hospital Melchor Romero de La Plata).

Fueron muchos los analistas que intentaban resistir tanto dentro de las instituciones como por fuera de ellas, fomentando espacios para emplear la técnica psicoanalítica y darle lugar a la palabra.

Al retornar la democracia, se intentaron continuar algunas experiencias de principios de los años 1970 en el campo de la salud mental. Con el retorno de los exiliados y la apertura de las instituciones (las facultades de psicología fueron reabiertas al igual que los centros de estudiantes) parecían respirar nuevos aires, pero los espacios que sobrevivieron era reacios a los cambios, las luchas y los debates políticos.

La psiquiatría manicomial siguió hegemonizando el campo de la salud mental, y dentro del psicoanálisis fue la orientación lacaniana la escuela que mas prospero y sobrevivió a la dictadura, comenzando a hegemonizar las áreas de intervención (los hospitales, las facultades, etc.) tanto teóricas como prácticas de los psicólogos.

Conclusión

El orden social impuesto por la dictadura se prologa aun hoy, encubierto. No se enseña la historia de los psicoanalistas comprometidos, sino que triunfo el academicismo teórico y el desarrollo institucional de los psicoanalistas lacanianos, que con mas agudeza y nivel tuvieron posiciones similares a la APA que cuestionaba el compromiso político de los psicoanalistas militantes del cambio social y la transformación concreta.

El psicoanálisis que se enseña y transmite (tanto en las facultades como en las propias instituciones de formación específicas) en la actualidad es, en el mejor de los casos, *una preparación mediocre para hacer “consultorio”*. Esto es herencia directa de la limpieza ideológica que realizó la dictadura.

Creo que es necesario volver a repasar las épocas cruciales del desarrollo y expansión del psicoanálisis en nuestro país, su historia y sus experiencias. El campo de la salud mental fue, como todo el tejido social, fragmentado por la política represiva de la dictadura militar. Pero este campo tiene una historia muy rica, con enormes desarrollos y experiencias que atentaban contra el poder instituido y el discurso hegemónico.

Pensar otra forma de enseñar y practicar el psicoanálisis es el máximo desafío. La tarea es sacarlo de los claustros académicos y refundar las instituciones de transmisión y estudio. Los psicoanalistas comprometidos de principios de los años 70' nos dejan sus historias, luchas y sueños para que las nuevas generaciones que se acerquen al psicoanálisis recuperen el legado subversivo de la teoría freudiana. La idea es no encerrarse en la clínica privada, sino que el psicoanálisis sea una herramienta para la intervención social y la promoción de la transformación y el cambio.

Bibliografía

- Carpintero, Enrique y Vainer, Alejandro. *Las huellas de la memoria II. Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los 60' y 70'*. Editorial Topía. Bs. As. 2005